



UN EMBAJADOR DEL TROPICO: EL ABEJARUCO

TRAS la larga y fría noche invernal el sol se acerca de nuevo a nuestra latitudes; viene apretando y su efecto ya se deja sentir en nuestros campos, que como respuesta a tan generosa presencia, comienzan a vestirse de mil colores.

Es un día de Abril -de los primeros- cuando en uno de mis asiduos paseos por el campo escucho un lejano carraspeo (cruic, cruic-uic) que enseguida identifico, como el canto de los primeros abejarucos que vuelven para poner, como en años anteriores, una pincelada de color en nuestras uniformes y llanas tierras de labor.

Mas, ¿qué hace este pájaro de tan llamativo colorido (garganta amarilla, frente blanca, obispillo dorado, cola verde, pecho celeste, alas verdes-azuladas con una franja terrosa en el centro y cabeza, cuello y espalda de color castaño vivo), entre perdices, codornices, cojugadas, alcarabanes, ... que parecen tener sus libreas más a tono con el medio que les rodea, es decir, con los pardos barbechos, verdi-amarillos cereales y ásperos pedregales; y que para más contradecir a las leyes que imperan en nuestro abierto ecosistema está constantemente surcando el cielo como inmejorable blanco para el más distraído predador?

La respuesta la encontramos en las teorías de los científicos quienes aseguran que se trata de una especie tropical que ha colonizado recientemente las zonas templadas, haciendo gala de sus inatachables dotes adaptativas, de manera

que ese derroche de color no es otra cosa que su particular y eficaz medio de lenguaje o comunicación intraespecífica.

EN EL SOLEADO TERRAPLEN

TALUDES terrosos de todo tipo, y sobre todo los creados a partir de cualquier corriente de agua, serán los preferidos por estas coraciformes para instalar su colonia. Porque los abejarucos precisan tanto la tierra blanda, arena más bien, para horadar en ellos sus nidos como, por supuesto, una frente de alimentos que también resultará más abundante cerca del agua. Porque estamos hablando de un insectívoro.

Y de insectos está repleta nuestra campiña cuando entrado Mayo nuestra pareja se afana en la perforación del oscuro cubil, de un metro de profundidad, donde mas adelante depositarán la puesta. Todo el trabajo, que les ocupa alrededor de diez días lo hacen a fuerza de pico, suponiendo un titánico esfuerzo, pues llegan a mover hasta ocho kilogramos de arena y pierden, incluso, un centímetro de su corneo y cincelador apéndice.

De vez en cuando interrumpen la excavación y cazan. El macho hace alarde de su arrogancia y halaga constantemente a su compañera con magníficos presentes que captura en las inmediaciones tras rápidos y acrobáticos vuelos, hasta que finalmente ésta accede a la cópula.

En la cámara de cría, sobre el fondo de arena, la hembra pone en los primeros días de Junio de cuatro a